



Tiempo, espacio, futuro y capital

Hélan Jaworski

Director de Palestra / Presidente de la Comisión Organizadora de la Facultad de Gestión y Alta Dirección de la PUCP

Síntesis: El tiempo es oro, pero no en el sentido tradicional occidental, de utilizarlo sin perder un momento; éste adquiere valor de otra naturaleza cuando se lo usa libremente, sin compulsión. Es necesario proponer un uso alternativo del tiempo, más allá de la lógica económica imperante. Aunque muchas personas no cuenten con capital, el tiempo está al alcance de todos.

En el contexto de la pobreza imperante, el título resume temas que han atraído la atención del pensamiento occidental, como dimensiones a pensar, explorar e intentar dominar.

La dimensión espacial es lo más inmediato dado que la historia se escribió por siglos sobre la base del control de los territorios. El futuro tiene un atractivo propio y las aventuras, sueños y utopías han sido fruto de la imaginación proyectada sobre lo posible, la creación del porvenir a partir de los espejismos de ayer sumados a las necesidades y esperanzas de un efímero hoy. Del capital puede decirse que sigue siendo estudiado.

Reflexionar sobre el tiempo ha sido menos usual. Es un dato de la realidad, pero elusivo y arbitrario. A lo largo de la historia fue importante organizarlo, medirlo, definir sus unidades, múltiplos y fracciones, convertirlo en algo exacto y poder disponer de él oportunamente. La gama de unidades va del nanosegundo al año luz, pero en la vida práctica la invasión del tiempo resultó excesiva. Disponemos de relojes o artefactos similares de todas las formas que están presentes en casi todos nuestros espacios, al menos urbanos.

El tiempo nos abruma. Pero reflexionar sobre él y su valor relativo es una de las formas de entender la distancia y la diversidad interculturales. En países y regiones, entre estratos sociales, entre medios profesionales, en la brecha formal-informal, la percepción temporal es distinta y las nociones de urgencia, plazos, puntualidad o retraso tolerable adquieren sentidos muy diversos. Un texto antropológico pionero en la materia, es el libro de Edward T. Hall “*The Silent Language*” publicado en 1959.

Esta columna se alimenta también de la lectura de un artículo reciente de Roberto Lerner (colaborador de Palestra) publicado en Quehacer 152 titulado “¿Un tiempo para todo?” que trae especial significación sobre un tema nuestro y actual: el uso del tiempo como recurso económico.

En los años ochenta, más allá de la referencia que Lerner hace de “Momo” la novela de Hans Ende, en plena década de las propuestas alternativas para el desarrollo, surgieron ideas sobre cuentas de ahorros y bancos de tiempo. La idea era sofisticada y suponía complejos cálculos para calcular y distinguir el tiempo útil y válido del tiempo libre, el tiempo ocioso del tiempo de un desempleado, cómo homologar el tiempo disponible por personas diferentes y cómo establecer una medida de valor común. Fueron ideas originales y creativas, aunque en su mayoría poco operativas y funcionales. Sin embargo, sirvieron para estimular la imaginación sobre la existencia de un recurso con valor económico, pero desconocido como tal. En realidad ya existía para los sectores populares – y no solamente



en Oriente - una cultura de un uso alternativo del tiempo que se apoyaba en criterios ancestrales de adaptar el uso del tiempo a las acciones y empresas y no a la inversa.

A fines de la década de los cincuenta e inicios de la siguiente, un arquitecto inglés (John F. Turner) y un antropólogo norteamericano (William Manging) realizaron investigaciones sobre las entonces nuevas formas de asentamientos humanos urbanos llamados “barriadas”, primero en Arequipa y luego en Lima. El hallazgo central sobre estos procesos de ocupación de la tierra fue que gracias a un diferente manejo del tiempo el proceso normal de urbanización sufría una inversión radical. Exactamente por la misma época Hall encontraba que en Estados Unidos los indios Hopi tenían una aproximación similar.

La pauta normal y legal -hasta hoy vigente en líneas generales- suponía la conversión del suelo rural o eriazos en urbano, la habilitación urbana incluyendo la lotización de las parcelas, el trazado y construcción de pistas y la instalación de servicios (electricidad y alumbrado público, agua y desagüe, teléfono, etc.), posteriormente la construcción de las viviendas y finalmente la llegada de los ocupantes, propietarios o inquilinos.

Por el contrario, en el mundo popular que produjo y continúa produciendo las “barriadas”, luego “pueblos jóvenes” y hoy genéricamente “invasiones”, el proceso se iniciaba completamente al revés. Primero llegaban los ocupantes, luego se construía una primera habitación (en su forma más simple, esteras, cartones), luego se demarcaba el “lote”, más adelante se irían reemplazando los materiales de origen por adobes, ladrillos o cemento, se trazaban accesos que quizá después llegarían a ser pistas, progresivamente se iba negociando la instalación de los servicios, se buscaba el reconocimiento legal del barrio, agrupación, asociación o cooperativa, la entrega de títulos de propiedad a los ocupantes y, finalmente, se iba terminando la construcción de las viviendas.

El factor esencial de la diferencia radicaba en el uso del tiempo.

Regresando a nuestro enfoque de inicio, la visión de futuro era muy clara: tener una vivienda. El espacio dependía de que se lo encontrara. El capital no existía, pero en cambio el tiempo estaba al alcance de todos.

Colocándose fuera de la lógica económica, dentro de la cual estamos acostumbrados a juzgar el entorno, el tiempo aparece bajo una dimensión diversa. No existe ingreso y por tanto no hay posibilidades de ahorro ni de capitalización. Pero se tenía u obtenía la tierra como base y sobre ella se podía construir. El resto dependía del esfuerzo personal y del tiempo disponible. Lo más sencillo: hacer adobes. De allí en adelante juntar recursos para comprar ladrillos, una bolsa de cemento, unos cuantos fierros y más adelante, sanitarios, puertas, ventanas.

El tiempo es oro. Sí, pero no en el sentido tradicional occidental, de utilizarlo sin perder un momento, de estrujarlo y hacerle rendir el máximo provecho, sobre todo expresado en dinero. El tiempo adquiere valor de otra naturaleza cuando se lo usa libremente, sin compulsión.

Las familias construían sus casas cuando podían, en las noches, en los fines de semana, cuando tenían momentos libres, solos o con la ayuda y mano de obra de parientes y vecinos, normalmente no remunerados. Y la vivienda crecía y avanzaba al ritmo de la historia familiar. Rápido al inicio, hasta garantizar un mínimo de cobertura y protección, lento después cuando no había recursos para comprar materiales y los ahorros debían



invertirse en la educación de los niños, en comprarles ropa y útiles, hasta paralizarse cuando alguna tragedia, una enfermedad o la pérdida de trabajo de alguien obligaba a reorientar las prioridades.

Dejando correr el tiempo la casa ganaba techo, las ventanas vidrios, las paredes enlucidos, con frecuencia quedaban las columnas al aire para un eventual segundo piso, a menudo un jardín aunque fuera chico. Y al cabo de mucho, mucho tiempo, quince, veinte, treinta o más años la casa ofrecía su semejanza a las otras que se construyeron de golpe, que se vendieron listas por cuotas, pero que mucha gente perdió o tuvo que dejar porque no podía pagar en los plazos.

El tiempo no se podrá ahorrar ni ser apropiado, tampoco colocado en el mercado, pero sumado con el esfuerzo ¿no está en la base del gigantesco desarrollo informal de nuestros pueblos, en el Perú y en otros países vecinos?